

9-4

ANGEL FLORO COSTA

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL DOCTOR

JUAN CARLOS GÓMEZ

Etiam si omnes ego non.

SAN PEDRO Á JESÚS.

MONTEVIDEO

Imprenta «El Siglo Ilustrado», de Turonne, Varxi y C.^a

Calle 18 de Julio número 23

1905



DOCTOR JUAN CARLOS GÓMEZ



NOTAS CAMBIADAS

ENTRE EL CLUB «VIDA NUEVA» Y EL AUTOR

Montevideo, Septiembre 18 de 1905.

Señor Presidente del Club «Vida Nueva», don
Alberto Zorrilla.

Distinguido amigo:

Le devuelvo, con las últimas correcciones, las pruebas de mi biografía de Juan Carlos Gómez.

He pintado al prócer tal como fué, insigne y mártir, con sus virtudes inmarcesibles, con sus ideales gigantescos, con su fe y con sus congojas.

El Juan Carlos Gómez que conoció el país al través del tupido velo de la ignorancia y la calumnia, no es el que yo he pintado en las páginas de mi folleto, que he pretendido animar con mi soplo de humilde Pigmalion.

Inventario.

16923

No he sacrificado la verdad ni la ciencia política que oí de sus labios, á ninguna preocupación ni respeto mundano.

Habría sido traicionar su memoria y violar su testamento moral y político; y él me enseñó á tener el noble coraje de la verdad.

Por lo demás, en obras de esta clase, sólo su autor puede asumir y tener toda la responsabilidad del juicio histórico y del cuadro que he pintado con la madurez de los 66 años.

Al pie de él va mi nombre y pondré si usted quiere el aditivo que usaban los viejos pintores, *Pinxit*.

No tema usted que mi cuadro suscite controversias apasionadas, al menos entre orientales — que conocerán acaso por primera vez un Juan Carlos Gómez que fué la encarnación más pura de la causa de los principios y de la libertad y el uruguayo que tuvo la más alta conciencia de la grandeza futura de la patria que le dió el ser.

Juan Carlos Gómez, como lo demuestro en mi folleto, nunca fué *anexionista*. Es una atroz calumnia.

Fué todo lo contrario, fué *unionista*, pero con la capital del Pamplatismo en Montevideo, que si su idea hubiese triunfado sobre la barbarie de los viejos tiempos, tendría hoy un millón de habitantes, y las arenas de su puerto serían como las del Pactolo, después que Midas se bañó en sus aguas.

No habrá antes de un lustro un solo oriental, ilustrado y reflexivo, que no comparta sus idea-

les, como yo, después de haberlos impugnado hasta con alferecía charrúa, he acabado por comprenderlos, convencido y contrito al través de los años.

La Naturaleza, la ciencia y el porvenir, son los tres jueces incorruptibles que juzgarán algún día sus profecías, que en vano los curetas de su tiempo, y aun sus vástagos, pretenden ahogar con sus gritos.

Creo, aunque hiere mi modestia, que Piquet tiene razón en la carta que me escribió, disculpándose por no poder asistir anoche á la lectura de mi opúsculo, *para conocer al más platónico de nuestros hombres representativos, presentado por el más aristotélico de nuestros publicistas* (sic).

Ojalá sca verdad lo que él dice — y alcance yo la fama de ser su Aristóteles.

Por lo demás, si usted cree que mi trabajo biográfico en algo violenta el artículo 4.º de los Estatutos del Club «Vida Nueva», que me han dejado toda la libertad de pensar, puede usted devolverme los materiales que he entregado á la prensa, para rendirle yo solo por mi cuenta ese homenaje al gran maestro.

La posteridad me lo agradecerá.

Su afectísimo compatriota y amigo.

ANGEL FLORO COSTA.

Montevideo, Octubre 4 de 1905.

Señor doctor don Angel Floro Costa.

Distinguido compatriota:

En contestación al pedido formulado por usted, en su nota que me envió, tengo el honor de comunicarle que la Comisión Directiva del Club «Vida Nueva» ha tomado en consideración el folleto que se encomendó á usted sobre la personalidad del doctor Juan Carlos Gómez, y después de oír su lectura aprobó por unanimidad la siguiente resolución que se me ha encargado transcriba á usted:—«El Club «Vida Nueva» no auspicia la publicación del folleto que sobre la personalidad del doctor Gómez ha escrito el doctor Angel Floro Costa por no responder á los propósitos que se tuvieron en cuenta y se le expresaron al encomendarle ese trabajo, y porque los principios fundamentales que en él se sustentan no están de acuerdo con el programa del Club ni con las ideas de sus elementos componentes».

Saluda á usted con su consideración más distinguida,

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

O. Ferrando Olaondo,
Secretario.

En virtud de esta resolución proveyó el intolante Club «Vida Nueva» un *auto de tunda*— como se llamaba, en la antigua Curia, á las ejecutorias que eran seguidas, después del reconocimiento de la deuda, del embargo, y tras del embargo del remate, y tras del remate, del auto de prisión, todo sin resuello y sin apelación—diciendo una ejecutoria no menos implacable, dando orden á la imprenta de que destruyera la composición é inutilizara los pliegos ya tirados, que eran todos, menos el último, impidiéndome por ese medio editar el folleto por mi cuenta, como ya se había convenido, después que pasase la apoteosis.

El público juzgará de la inútil incorrección de esta represalia, en recompensa á lo mucho que había ayudado á ese apreciable Club, en su loable iniciativa, según consta de las notas cambias que deben obrar en su archivo.

De su injusto fallo, á cuya injustificada autoridad científica no puedo someterme, ni por razón de edad ni de luces, apelo á la opinión ilustrada del país.

Tal es la razón que me ha obligado á hacer algunos sacrificios para no dejar inédito mi folleto, en el que pretendo haber rasgueado al gran prócer tal como fué y debe conocerlo su patria.

ANGEL FLORO COSTA.

ADVERTENCIA

Este opúsculo estaba escrito y en poder del Club "Vida Nueva" desde el 10 de Septiembre, y recién me fueron devueltas sus pruebas de página el 4 de Octubre.

Nada hay, pues, en él que no sea de fecha anterior á cuantas publicaciones se han hecho después sobre Juan Carlos Gómez.

EL AUTOR.

PRIMERA PARTE

EL CIUDADANO Y EL TRIBUNO.—EL POETA Y
EL PUBLICISTA.—EL POLÍTICO Y EL
APÓSTOL.—EL ORADOR Y EL PROSCRIPTO



Juan Carlos Gómez

Vitam impendere vero.

JUVENAL.

I

Yo también fuí su impugnador.

Yo también, como Pedro, negué dos veces al maestro, y le llamé *implacable Cassandra* ⁽¹⁾.

¡Ah! nó era el maestro ni el apóstol el que estaba en el error.

Era yo; eran sus discípulos; eran casi todos sus contemporáneos; eran las pasiones fanáticas de la época, enamoradas de una Deidad quimérica; fueron los ortodoxos de la patria chica, los que calumniaron y con-

(1) Palabras de mi discurso en la inauguración del monumento de la Florida, el año 1879, al coronar al poeta laureado don Aurelio Berro.

denaron á ese Galileo inmortal, que ha muerto también impenitente, negándose á toda abjuración y abrazado de la verdad, como Cristo, otro mártir de la libertad, al leño de la Cruz, dejando á la posteridad consciente el legado piadoso de vengarle al glorificar su memoria.

Al aceptar, pues, la misión con que me ha honrado la juventud de mi patria, á la vez que cumplo un deber de discípulo agradecido, me impongo una penitencia voluntaria que absolverá mi conciencia de un pecado de juventud, original en nuestra raza, sedienta de condenar á nuestros mayores sin estudio y reflexión, de demoler sin edificar, de tarquinizar todo cuanto se levanta sobre nuestra humillante vulgaridad.

Juan Carlos Gómez no puede biografiarse en pocas páginas, porque su tránsito luminoso por la patria abraza la mitad de nuestra historia; como no puede biografiarse la de Ignacio Ramírez, el Voltaire mejicano, el rival victorioso de Castelar; ni la de Andrés Bello, el mentor de medio continente; ni la de Sarmiento, el Pericles de la nación argentina; ni la de Mitre, el vencedor de Pavón, el ínclito generalísimo

de la triple alianza, el compañero titánico de Gómez en las luchas épicas por la libertad en tres Repúblicas; ni la de Montalvo, el bardo proscripto y siempre incandescente contra los tiranos del trópico; y como la de tantos otros mesiánicos de América, que reclaman un libro y la vida de un verdadero historiador.

Y yo estoy lejos de serlo. Por eso debo tan sólo concretarme á ser su intérprete, como que apenas adolescente fuí su amanuense para dar á la prensa aquellos famosos artículos que electrizaran la opinión allá por el año 1857; y más tarde, cuando la ola de proscripción en turno, me lanzó á su lado á la otra orilla del Plata, fuí en su estudio el recipiendario de sus lumbres, de sus confidencias, de su decálogo político, que apenas comprendía entonces, que en mis nostalgias patrias hasta irreverente osaba contradecir, y del que apenas hoy podré ser el fonógrafo para revelar á su gran Patria del Plata, cuál fué su pensamiento íntimo, abriendo, por decirlo así, su testamento ológrafo, para darle la forma nuncupativa que haga fe ante la posteridad.

géticos de esta existencia meteórica, que fué el Saúl de la unificación del Plata, y en la astronomía política de los pueblos el Leverrier que enfocó su mirada telescópica en un mundo desconocido, cuya posición matemática fijó en el firmamento del porvenir.

Todos saben que fué Montevideo su cuna, y que vió la luz el 25 de Julio de 1820.

En 1833, apenas adolescente, fué el alumno más laureado de la Escuela Mercantil ⁽¹⁾, y en ella recibió de manos del mismo Presidente de la República, general Rivera, junto con los primeros premios en todas las clases, ganados con su precoz talento, *el espaldarazo que lo armó caballero* ⁽²⁾ de la causa del derecho y de la libertad.

El gran soldado de esa noble causa unguía al joven tribuno, como Samuel á David, rey del pensamiento en tres Repúblicas.

En ellas fué sin flaqueza el campeador infatigable de esa Deidad de sus sueños, á

(1) Dirigida por el señor don Miguel Forteza.

(2) Palabras tomadas de los Apuntes biográficos, aun inéditos, que ha facilitado al autor, su ilustre amigo el doctor Luis Melián Lafinur, uno de los más fervorosos discípulos del gran maestro.

la que dedicó un magnífico canto ⁽¹⁾ á los veinte años, cuya primera estrofa, como una de las más preciosas joyas del Parnaso Americano, no podemos dejar de engarzar en su biografía, pues es el programa sintético de toda su vida, tan caballeresca como immaculada.

«En las ardientes horas de juventud temprana,
Mi mente entusiasmada soñó libertad,
Y envuelto en mis delirios espere la mañana
Que alumbre al mundo todo con eterna claridad.»

III

¡Ah! el poeta murió acongojado, *envuelto en sus delirios*, pero viendo marchar hacia el afelio ese astro que *en su juventud temprana*, como todas las almas vírgenes, poseídas por la ansiedad del ideal, creyó que se acercaba hacia su perihelio.

Gómez fué de esos amantes únicos que no tuvo dudas en su amada, ni desmayos en su fe, y cuyo brazo hercúleo fortificaban los años y los reveses en los torneos de la política.

(1) Este canto está publicado en la « América Poética ».

Tenía el estro clarovidente de Bolívar en sus delirios sobre el Chimborazo, el alma bravía de Santander, la constancia estoica de Morazán, la pureza espartana de Mitre, el desinterés de Cincinato y la integridad de Cimón.

Todo eso fué Gómez en las múltiples facetas de su existencia accidentada, como peregrino de ideales superiores á su tiempo, como apóstol infatigable, como polemista eximio, como tribuno elocuente, como jurisconsulto encanecido, como publicista irradiante y como caballero perdonavidas, después de presentar su pecho á la bala inoble del más afamado duelista del Plata (1).

(1) Este duelo fué con el señor don Nicolás Calvo, redactor de *La Reforma*, que había vuelto de París, donde se había perfeccionado en el manejo de las armas, con fama de gran tirador y eximio esgrimista, y con intento de provocar á duelo á la *Pandilla*, que así llamaba en su diario á los más esclarecidos prohombres de Buenos Aires.

«Un día, Juan Carlos Gómez, indignado de estos innobles desafueros tocó el móvil y el objeto de esa algazara, diciendo: *No hay nada más despreciable que el honor de un espadachín, si no es el valor de un espadachín.*

«En el duelo á pistola que se siguió, le tocó la parte más noble á Gómez, quien perdonó la vida á su adversario, con aquella frase de sublime magnanimidad:

«*Yo no he venido á matar, sino á morir*, y descarga su pistola al aire.»

Sarmiento: *Anécdotas*, pág. 134.—*Corona fúnebre de J. Carlos Gómez*, pág. 95.

Obligado á emigrar cuando las huestes vandálicas de Rosas invadieron, el año 1843, el país, después del doloroso desastre del Arroyo Grande, que lo sorprendiera en campaña, se dirigió á Río Grande, creyendo encontrar en la familia asilo, y apenas aspiró algunos meses sus brisas tropicales, es obligado á abandonar *ese hogar tranquilo*, en donde el eco de sus producciones y cantos le había concitado fama de revolucionario y, como consecuencia, las iras suspicaces de la política imperial y esclavócrata de aquellos tiempos, en que todavía no habían resplandecido en aquella gran República, dominada hoy por una democracia libre, inteligente y culta, los rutilantes rayos de la constelación del Sur, que hoy reemplaza en su escudo el campo de gules de la Corona de Braganza.

Desterrado perpetuo como el Dante, deja á su hermana aquella tierna despedida que ritmará eternamente el corazón de todos los proscritos, y que es digna del cantor romántico de la libertad:

Adiós, hermana, adiós; tiendo la vela
Otra vez á la mar embravecida:
No deben las tormentas de mi vida
Azotar las paredes de tu hogar.

Postrado de tristeza y de fatiga
Quise buscar en la familia asilo,
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la sosegada paz.

.

Adiós, hermana, adiós; Él no lo quiere,
Me niega un día de descanso, ¡un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía
Y á mi calvario con la cruz llegar.

IV

Y llegó al fin, pero algunos años más tarde, después de recorrer una larga vía crucis y de ayudar con los acentos de su palabra, á derribar el Nerón del Plata.

Pocas veces los bardos sienten lo que cantan.

Juan Carlos Gómez no fué nunca uno de esos poetas que sienten con la imaginación, que desacreditan las musas; cuya vida y cuyos hechos delatan un desmentido á los ecos tiernos de su laúd, cuya sonoridad es una ironía, como el canto de los grillos, cuando se ve de cerca su miseranda pequeñez moral.

No; Juan Carlos Gómez tampoco fué, como Juvenal, el eco perenne de una indignación sibarita: todo en él fué sincero, entusiasta, caballeresco, sentimental y, como el Tasso errante y desgraciado, tuvo también su Leonora, á la que consagró los latidos más puros de su alma y á la que dejó por despedida, al marchar al ostracismo, aquellas estrofas que han tramontado ¡los flancos del Parnaso de América y besado las playas de Europa:

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
La tempestad continua que azota mi bajel,
Y por mi vida elevas desconsolado ruego,
Perdida la esperanza de que me salve en él?

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
El corazón más fuerte, más alto que ese mar;
Aunque la barca es frágil, la vela ciñó al viento
Y en el timón batido firme la mano va!

Si el huracán arrecia y aligerar el leño
Es fuerza á cada instante para poder bogar,
Iré arrojando al piclago una ambición, un sueño,
Una afección querida, una esperanza más.

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
Al templo de la patria he de llevar honor.
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
Si pongo en sus altares la vela y el timón?

Y pisó al fin la ambicionada orilla de la patria, y si, como Telémaco, dejó en la playa

la rota quilla, después puso en *sus altares las velas y el timón*, esas velas que desplegó en Chile en defensa de la justicia, del derecho y de las libertades humanas, y ese timón con que piloteó al partido liberal de ambas márgenes del Plata en las luchas legendarias de nuestra doble organización política y social.

En cualquier otro vate de esos atales que ruedan por el mundo buhonando lágrimas, haciendo vibrar sus arpas al pie de los triclínios de los tiranos y los déspotas, esos alejandrinos serían ridículos, como lo son los de casi todos los poetas sin carácter; pero en los labios del gran proscrito uruguayo son la elegía de su martirologio perpetuo y la honra de su raza.

V

En Chile se confunde y fraterniza con todos los conspicuos emigrados argentinos que habían escapado al puñal del tirano del Plata. Allí encuentra á Alberdi, el que más

tarde debía ser el Solón argentino; á Ocampo, el codificador comercial de Chile; á Sarmiento, el Horacio Mann de Sud-América; á Tejedor, el eminente criminalista; á Joaquín Godoy, á Sarratea, al general Las Heras, á José Domingo Oro, á Martín Zapata; y años después, llevados también por el oleaje de la proscripción, á Vicente Fidel López, á Juan María Gutiérrez y á Mitre, el artillero de la Defensa, el amigo de Ballivián, el proscrito del Perú,— pléyade incomparable de varones de Plutarco, que encontraron refugio honroso en aquel regazo libre de América, para incorporar más tarde la savia de sus talentos en las luchas por la organización y las libertades del Plata.

Pronto la fama de Gómez cunde; su palabra fogosa, sibilina, se hace oír con entusiasmo en los centros políticos. Se descubren en él las vibrantes osadías de Pablo Luis Courier y la acentuación apostólica de Mazzini.

Sus primeros escritos deslumbran é imponen su candidatura para suceder á Alberdi, que redactaba *El Mercurio*, el decano de la prensa chilena, — en el que se sienta como

en un trípode para lanzar los raudales délficos de sus ideas, nuevas, atrevidas, luminosas, sobre todas las cuestiones políticas, económicas y sociales que se debatían en aquella república hermana, y para llenar á la vez la tarea de la vida, como dijo Mitre, *amasando el pan diario que nutre los espíritus* ⁽¹⁾.

Todo desplegó en aquella tribuna, preludio de las que más tarde fundara ú ocupara en el Plata: galas de estilo insólitas, que producían estremecimientos en aquella sociedad de educación académica; profundidad de pensamiento Shakespeariano; erudición clásica; y con esas armas, en que alternaba el fuego griego de Arquímedes con la catapulta romana, derriba gabinetes como el de Montt y el de Camilo Vial, encarrila gobiernos como el de Bulnes, y *amando siempre la libertad para Chile, como para el Río de la Plata y el mundo entero* ⁽²⁾, lidia, como Byron y como Hugo, por la causa de la justicia y del derecho, sin más divisa que el lema de Juvenal: *vitam impendere*

(1) Discurso del general Bartolomé Mitre, pronunciado sobre la tumba del prócer. (*Corona fúnebre*, pág. 1).

(2) Palabras de Gómez, consignadas en la carta que dirigió á B. Cuartín y á Vicuña Mackenna. (*Tribuna* de Buenos Aires, año 1877).

vero, que hizo suyo, como lo hizo Rousseau; forja en su yunque de cíclope presidencias, llevando al poder á don. Manuel Montt, el sabio profesor del Instituto—por más que antes lo hubiera combatido,—y lo lleva *en hombros de la juventud universitaria, como expresión de la democracia ilustrada contra el peluconismo y el pipiolismo* ⁽¹⁾, *contra la oligarquía y la demagogia*.

Y después del triunfo despreció ofertas de posición material y honores, con que quiso colmarle el presidente Montt, aceptando sólo el regalo de 3.000 \$ que le hizo, agradecido, todo el comercio de Valparaíso, para poder regresar al Plata ⁽²⁾, y de Montt la edición completa de todos los clásicos latinos, que por disposición testamentaria donó después de su muerte su albacea ⁽³⁾ al Ateneo de su patria.

Es este desinterés supremo lo que más ha caracterizado la grandeza de este Cincinato legendario de la libertad.

(1) Palabras de Gómez, consignadas en la carta que dirigió á B. Cuartín y á Vicuña Mackenna (*Tribuna* de Buenos Aires, año 1877).

(2) Carta contestando alusiones de los señores Blanco Cuartín y Vicuña Mackenna, publicada en *Tribuna* de Buenos Aires, año 1877.

(3) El doctor don Benigno A. Jardim, que dió exacto cumplimiento á esa manda.

Pero no sólo en Chile, sino en todas partes se conduce lo mismo.

Sus manos, como las de los flamines, sólo tocaban el oro para llevarlo como ofrenda al altar del sacrificio, ó para confortar al oprimido. Siempre despreciando el peligro para aliviar el dolor, como lo probó formando parte de las Comisiones populares de asistencia pública, tanto cuando la epidemia de fiebre amarilla azota, el 57, á Montevideo, como en 1871 á Buenos Aires, y de que hablaremos más adelante.

Derrocado Rosas por los ejércitos aliados, resuelve al fin regresar á la patria, dejando en el hospitalario Chile, con su estoicismo, con *la potencialidad de pensamiento*, con *el vigor de raciocinio y la elegancia de formas* ⁽¹⁾ que había desplegado en sus luchas institucionales, un cono de lumbres que, como la luz zodiacal, destella todavía recuerdos imperecederos sobre la compleción plástica de aquella raza, la más sobria y acaso la más equilibrada del Continente Sudamericano.

(1) Pedro Pablo Figueroa: *Los Pensadores Americanos*, pág. 56.— Santiago de Chile.

VI

Regresa á su tierra natal, el año 1852, y la encuentra exangüe, convertida en un carácter de odios y rencores prontos á volver á entrar en ignición.

Comprende, como Pacheco y Obes, el alma tirteana de la Defensa, la necesidad del olvido, de predicar la fraternidad, de reconstruir sobre tanta ruina.

Venía de un mundo adonde sólo habían alcanzado los ecos de la desolación y de las tablas de sangre. Podía, pues, compadecer y curar, porque no odiaba.

Por eso, sin calcular que podía agitarse en el vacío, da impulso á la formación de la Sociedad de Amigos de la Paz, de la que, como Arago, en el Instituto de Francia, es secretario y alma, á la vez que funda la Sociedad Protectora de los inmigrantes, en defensa del elemento extranjero, que había derramado á la par del elemento nacional su sangre dentro de los muros invictos de la Nueva Troya, y al que las pasiones exaltadas

del partido del Cerrito, que estaba en mayoría en las Cámaras de 1853, no perdonaba que hubiese hecho causa común con los defensores de la plaza contra los tiranos. Suya es aquella frase que circula aún por América, de que *el pensamiento no tiene patria, que es ciudadano del mundo*.

La popularidad de Gómez crecía por momentos, tanto en el elemento nacional como en el extranjero, que veían en él el caudillo del cosmopolitismo humanitario, y fué entonces cuando, á instancias de sus amigos, fundó *El Orden*, órgano del Partido Conservador, llamado así porque su misión y su programa era *conservar en toda su pureza la tradición histórica y las ideas, principios é intereses de la Defensa, contra las agresiones de don Juan Manuel Rosas* ⁽¹⁾.

El partido conservador, por la pureza de sus principios, por sus levantados ideales, por sus tendencias conciliadoras, por su aspiración á la regeneración nacional sobre la base de las más acrisoladas virtudes cívicas, debió ser la levadura de nuestra transfor-

(1) *El Orden*: editorial del 26 de Julio de 1853.

mación política, como lo soñara Gómez, si las pasiones de nuestra raza no fuesen de un atavismo incurable.

No obstante eso, fué durante varios años la agrupación genuina del dogma de la Defensa, el colegio sacerdotal que custodió el Paladión de la libertad al través de las más sangrientas vicisitudes de nuestra historia, la escuela liberal donde se educaron todos los hombres de principios y de sacrificio, que si al lado de Rivera, Lavalleja, Suárez, Paz, Pacheco y Obes, Manuel Herrera, Santiago Vázquez, Varela, Castellanos, Rivera Indarte, Lavalle, Echevarría, Mármol, Gutiérrez, Agüero, Alsina, Lamas, Cané, Muñoz, César Díaz, Solsona, Magariños, E. Martínez, Lorenzo Batlle, Flores, habían combatido á los tiranos del Plata, años después combatieron, bajo la enseña gloriosa, pero desgraciada, del partido conservador, los extraños prepotentes del caudillaje blanco y colorado, los errores de la política de fusión, el contumelioso Pacto de la Unión de 1855, para caer vencidos en las dragonas de Noviembre, dispersándose, como los hugonotes, con sus enseñas y sus esperanzas, pero para volver á caer más tarde sa-

crificados en la hecatombe de Quinteros, que consternó á la América y enlutó al país el año 1858, extendiendo sobre él la noche polar del infortunio, que muy luego debía dar bandera á la gran cruzada libertadora de 1863.

¡Ah! ¡cuántas lágrimas y desastres se habría ahorrado el país, si las ideas de Juan Carlos Gómez hubiesen encontrado eco en las conciencias empedernidas de aquellos luctuosos tiempos de obcecación, de violencias é intolerancias semibárbaras!

Pero no todos le escucharon, ni le dieron tiempo á desarrollar sus planes y poner en práctica sus dotes experimentadas, que acaso habrían salvado al país. La ambición de mando, la sed de predominio y de riqueza en una sociedad sin población, empobrecida, sin industrias, sin crédito, verdadero *Pandemonium* ulcerado de envidias y rencores, tenían necesariamente que hacer naufragar todo apostolado que no se impusiese con la violencia, porque es ley de la historia que las sociedades anarquizadas se dejen esclavizar por la fuerza, pero jamás por la razón ó el genio.

A la hidalguía de los unos, siempre corresponden las perfidias astutas de los otros.

VII

Derrocado el gobierno reaccionario de Giró, cuya elección es un proceso al candor de los principistas de la Defensa, estalla la revolución expiatoria de Julio de 1853, que los mismos partidarios del gobierno de Giró habían provocado, constituyéndose luego un gobierno provisorio con las personalidades más conspicuas de la causa de la Defensa. — Rivera, Lavalleja y Flores fué el triunvirato á quien la revolución triunfante confió el gobierno.

En aquellos tiempos todavía se respetaban los prestigios y los antecedentes de los hombres,—y los sacrificios á la causa ó al país, eran los títulos únicos para confiarles el poder.

Las luchas eran apasionadas, pero no artificiosas ni bastardas, y la intriga y el servilismo buscaban la sombra de personajes consulares para enroscar sus tentáculos.

Aun para ser Ministros, no había llegado la hora de los sietemesinos, y era me-

nester representar algo, caracterizar algún esfuerzo, para ser guardasellos y pisar los umbrales del poder.

Tampoco los Ministros de aquellos tiempos tenían largas invernadas entre los icebergs de la política, ni lucían el egoísmo de adaptación que adquirieron en las últimas décadas, en que casi no han sido otra cosa que tiboires de gabinete, fundidos en un avatarismo socorrido con el jefe del Diván.

De un triunvirato tan representativo como Rivera, Lavalleja y Flores, sobre todo los dos primeros, que habían polarizado toda la historia de la República desde su independencia, no podía menos de nacer un Ministerio que tuviese en el país y en el propio partido triunfante una representación integral de la culminancia jerárquica de aquel gobierno.

El doctor Juan Carlos Gómez y el general don Lorenzo Batlle fueron esos Ministros, y el general Pacheco y Obes, alma de la Defensa y de la revolución de Julio, el Jefe de Estado Mayor.

Ningún inédito: todos miembros de la orden de templarios de la Libertad.

Por eso los decretos que llevan su firma

fueron otros tantos solios de justicia, eminentemente reparadores.

El primero de todos fué aquel decreto que derogó el de 17 de Septiembre de 1853 del gobierno de Giró, contrario á las *garantías constitucionales* dictadas en favor de la libertad de imprenta ⁽¹⁾ (sic).

El segundo, para *restablecer en todo su vigor las estipulaciones del pacto de Octubre de 1851* ⁽²⁾ (sic), que consagró la unión de todos los orientales bajo el dogma pacificador de *no hay vencidos ni vencedores*, tantas veces profanado por nuestras discordias fratricidas.

Y el tercero, para convocar al país á comicios generales, con dobles poderes *para revisar también la Constitución del Estado* ⁽³⁾ (sic).

Estos tres decretos rasgúan el carácter moral y político del prócer á quien sus más esclarecidos discípulos, al entregar sus des-

(1) *La Política de Fusión*, por el doctor Carlos Oneto y Viana, página 88.

Merece consultarse esta obra del aventajado escritor nacional, discípulo entusiasta de la escuela fundada por Juan Carlos Gómez, y en la que la juventud uruguaya encontrará una compilación preciosa de documentos sobre esa azarosa época de nuestra historia.

(2) Decreto de 15 de Octubre de 1853.

(3) Decreto de 27 de Octubre de 1853.

pojos á la tumba, llamaron, los unos, como Juan Carlos Blanco, *maestro y prototipo de consecuencia perseverante y de inquebrantable fe en las instituciones democráticas* ⁽¹⁾; otros, como Mariano Varela, *león con alma de poeta* ⁽²⁾, y Lucio Vicente López, *el último gentilhomme* ⁽³⁾, y á quien yo, si no fuera inmodestia, llamaría, como el poeta llamó á Rienzi, *el último tribuno*, porque como aquel romano, que soñó con reunir la Italia en una República única, con Roma por capital, Gómez soñó reunir el Plata en una República unida y federativa, con su capital en la ciudad invicta, en la reina del mar, en Montevideo.

VIII

Olvidar, reconciliar, levantar los espíritus en la eucaristía de la Patria, garantir

(1) *Corona fúnebre de Juan Carlos Gómez*: discurso del doctor Juan Carlos Blanco.

(2) Ídem de don Mariano Varela.

(3) Ídem de don Lucio Vicente López.

y hacer carne las libertades que había predicado en la llanura, pregonar grandes y nuevos ideales prácticos y propender á la reforma de la Constitución, que fué la obsesión de toda su vida, para lavar de la frente del país el oprobio de haber sido sometida *al beneplácito* de poderes extraños,—tal fué aquel gran espíritu, todo gallardía, todo ideales, todo sacrificio, que, después de la patria, sólo amó la justicia póstuma.

Las pasiones, la ignorancia fangosa de la época y los sucesos burlaron los salmos de su sublime salterio político, pero su obra socrática hizo y sigue haciendo escuela.

El pacto de Unión del 11 de Noviembre de 1855 (y el sacrificio aleve del partido Conservador, ultimado en el Fuerte por las fuerzas coaligadas de dos caudillos militares) arrojaron á Gómez y sus amigos á Buenos Aires, y eso no sin haber dado un año antes otro grande ejemplo de austeridad cívica, que tan pocos imitadores ha tenido en nuestro país.

Nombrado miembro del Superior Tribunal de Justicia, después de su separación del Ministerio por no haber querido

acompañar al gobierno de su tradición política por la escabrosa senda de las represalias á que los sucesos lo empujaban, declina este alto honor y eleva su renuncia, en 8 de Mayo de 1854, *por no reconocer en su persona las cualidades que el artículo 102 de la Constitución del Estado exigía para desempeñar ese alto puesto.* ⁽¹⁾

Hacía dos años que había regresado al país y no tenía aún los cuatro años de ejercicio de la profesión de abogado que requiere ese artículo. Siempre austero, siempre inexorable consigo mismo, siempre inmolando sus conveniencias al culto druídico de los principios, como cuando sus electores de la Colonia lo quisieron nombrar senador á despecho de la prepotencia oficial.

Lo propio hizo en ocasión análoga, el año 1877, ya con residencia fija en Buenos Aires, cuando la opinión ilustrada del gobierno, de la prensa y del claustro universitario lo designan para Rector de la Universidad, por renuncia del doctor Vicente Fidel López.

(1) Diario de Sesiones de la Asamblea General, tomo II, pág. 410.

Merece consignarse el primero de los fundamentos que la escrupulosa conciencia del gran proscrito alega para declinar ese honor.

Dice así: 1.º Porque el rectorado es un empleo público que exige ciudadanía, y no simple ejercicio de profesión como el de catedrático, y usted sabe que las cobardías de la política argentina me hicieron extranjero en la patria en que nací, arrojando fuera de ella al Estado Oriental, *cuya suerte correré hasta el fin, con todos los dolores y todos los infortunios que impone á sus hijos.* ⁽¹⁾

¡He ahí el traidor, he ahí el apóstata, he ahí el renegado, he ahí el tráfuga! haciendo escrúpulo de no ser ciudadano legal de un país á cuya organización política había contribuído en primera línea redactando *Los Debates, La Tribuna y El Nacional*, siendo el Presidente perpetuo del Club Libertad, el hermano de armas de Sarmiento, de Mitre, de Avellaneda, de Vélez, de López, de Alsina, en aquellas frondas

(1) Carta al redactor de *La Tribuna*, don Mariano Varela, publicada en ese diario en 5 de Julio de 1877.

épicas por la libertad y el derecho, durante las décadas gestatorias de 1858 hasta 1878.

¿Se ven acaso en nuestros días muchos ejemplos de tanta grandeza moral, de tanto desinterés, de tanta austeridad de principios?

Sólo Garibaldi, nacido en Niza y libertador de Italia, pudo decir otro tanto y considerarse extranjero en su propia patria.

IX

Pero al fin llega la segunda hora en que el proscrito vuelve á la patria, cuando la ve acongojada por la desoladora epidemia de 1857, y en que la causa victoriosa de las libertades que había defendido en Buenos Aires, quedaba ya triunfante y afianzada.

Yo no estoy bien al lado de mis amigos afortunados— dice en La Tribuna que redactaba— cuando me llaman mis compatriotas desgraciados; y sin trepidar

aprovecha la tribulación común para *correr á Montevideo á recoger los cadáveres de las calles y compartir el dolor de sus compatriotas* (sic).

Cúmpleme estar al lado de los que sufren y de los que mueren ⁽¹⁾, dice, y sin que nadie ose pedirle cuentas al proscrito por haber quebrantado su destierro, atraviesa el Estuario para venir á la patria á tomar el mando de una de las brigadas del dolor, aquí donde casi todos los políticos huían cobardes del campo de batalla de la muerte, incluso sus victimarios, y en esas horas aciagas en que hasta las mismas fieras se hacen medrosas y se esconden en sus guaridas, y sólo los hombres superiores ponen á prueba el temple marcial de su alma.

Es en esta segunda etapa de su procelosa existencia en la patria, en la que infundiendo respeto hasta á sus más caribes adversarios, afronta el terror que se había apoderado de la situación, y se hace cargo de la redacción de *El Nacional*, volvien-

(1) *La Política de Fusión*, por Oneto y Viana, ya citada, pág 219, y *Anales de la J. E. A.* del mismo año.

do á congregar á su partido disperso y amilanado, logrando dar tono á la lucha comicial más tormentosa y trágica que recuerda nuestra historia.

Flores, burlado por su éforo del Pacto de Unión, se había alejado del país, y el gobierno de Pereira había caído en brazos de la reacción triunfante de los hombres del Cerrito, cuya destreza maquiavélica los había vuelto á hacer dueños de la situación.

El Nacional entonces despierta, con la trompeta de Joël, á todos los caídos, electriza de nuevo los corazones con sus parábolas bíblicas, abre formidable campaña contra las arbitrariedades tartáricas de aquel gobierno decrepito incubado por el Pacto de Unión, azota con su acento apocalíptico las mentiras grotescas de la política de fusión—tantas veces escarnecida en la *Sociedad de Amigos de la Paz*, en la *Unión liberal*—en el Pacto de Unión,—muestra en el anfiteatro del dolor el cuerpo de la patria, empobrecido y ulcerado, arenga como Graco, y levanta, como el primero de los Macabeos, la fibra del pueblo oprimido, enseñándole el camino de la Jerusalén liberada.

Era en esos días de exclusivismo y opresión, que el Gobierno y las Cámaras se aprestaban á sancionar clandestinamente el tratado de Revisión de Comercio y Navegación celebrado con el Brasil en 1851, que el negociador oriental había traído misteriosamente enfardelado en sus malas.

La opinión patriótica de casi todos los partidos se había sublevado en masa contra esa clandestinidad litúrgica, y *El Nacional*, redactado por Gómez, se puso al frente de ese clamor patriótico que aterró á las Cámaras y determinó su clausura⁽¹⁾, que hizo vacilar al gobierno de Pereira, que motivó la acusación fiscal de *El Nacional*, más tarde la prisión en un calabozo de su redactor, Juan Carlos Gómez, y, poco tiempo después, su destierro.

X

Yo era en esos días su escribiente, y aunque apenas adolescente, me tocó pre-

(1) Decreto de 29 de Octubre de 1857.

senciar aquellos cenáculos de veteranos y próceres de la Defensa que casi á diario concurrían á su estudio de la calle Zavala, donde Gómez, á eso de las 3 p. m., me dictaba los editoriales de *El Nacional*.

Todavía recuerdo los hechizos de su palabra fascinadora, que tenía pendientes de sus labios á más de cien personas, que le escuchaban con unción y arrobamiento sin precedente en nuestra historia.

Ejercía entre todos sus partidarios todas las fascinaciones de un apóstol, y un prestigio semejante al que nos refiere Taine ejercía Napoleón entre todos aquellos rudos generales, cuando, á los 25 años, le tocó mandar la campaña de Italia, quienes *desde el primer instante, sin frases, ni gestos, ni amenazas, á la primera mirada del futuro grande hombre, quedaron dominados*.

Gómez dominaba con la mirada. De sus ojos fulguraba un hechizo magnético irresistible, una especie de mesmerismo que penetraba como un dardo en el sicoplasma de su auditorio embelesado.

General, habría sido un Bolívar, ó un Mitre, el otro hombre que he conocido cu-

yos ojos, como los de Gómez, fulguran como dos pilas.

No era fácil dominar tantos caracteres, entre ellos algunos tan indómitos como el de Sandes, que era una especie de león rústico, y los de Tajés, César Díaz y Gregorio Suárez, que estaban acostumbrados á los respetos que infundían sus insignias veteranas. Empero, ante Gómez como ante la cubeta de Mesmer, desaparecían todas las jerarquías y se confundían en un paroxismo cívico de fervor patriótico todos los prestigios.

Presenció un día una rebelión curiosa de Sandes, cuya impetuosa bravura de rey de las selvas se impacientaba con las teologías políticas del gran maestro.

Una mirada del apóstol lo hizo enmudecer y lo dejó extático.

Debió pasar por la ramazón cefalo-raquidiana de aquel cíclope que se jactaba de ostentar cincuenta y dos heridas en el cuerpo, *todas curadas sin fiebre*, algo semejante á lo que les pasó al insubordinado Augereau y á Vandamne, *«el más brutal y enérgico de los generales de Napoleón»*, cuando éste los llama un día á su aloja-

miento, les hace esperar y, ceñida la espada y cubierto, les explica sus disposiciones, les da órdenes sin consultarles, y los despide. »

« Augereau, dice Taine, estuvo silencioso y hasta que salió afuera no se rehizo, teniendo que confesarle á Massena que el pequeño general le causaba miedo, sin poder comprender el ascendiente ejercido sobre él á la primera mirada, y Vandamme tuvo que confesarle un día al mariscal D'Orouano, que *este diablo de hombre ejerce sobre mí una fascinación que no me explico.—Yo, que no temo ni á Dios ni al Diablo, cuando me acerco á él casi tiemblo como un chico, y me arrojaría al fuego por él* ».

Gómez ejercía igual fascinación sobre todos los grandes veteranos de la Defensa. Más que prestigio, era culto lo que inspiraba. Era su genio quien los magnetizaba.

Sandes palidecía, con el rictus nervioso del héroe subyugado, después de esa escena, cada vez que lo escuchaba, y habría hecho por Gómez lo que Vandamme por Napoleón.

XI

Los sucesos revolucionarios que terminaron con la luctuosa hecatombe de Quinteros el 3 de Febrero de 1858, se desarrollaron después de esos destierros con rapidez vertiginosa.

En esa hecatombe sin ejemplo en los fastos de América, á raíz de una capitulación violada, cayeron casi todos los amigos de Juan Carlos Gómez, héroes de la Independencia los unos, como el general Freire, confundidos en la misma fosa funeraria los Tajés, Martínez. Caballero, Poyo, Abella, Sacarelo, Espinosa, Burgos y cien más que eran glorias vivas de la Defensa, y el más ínclito de todos, el general don César Díaz, que había conducido nuestras legiones victoriosas en la inmortal jornada de Caseros.

Ese día, el partido colorado histórico fué decapitado en masa.—*La legalidad asesina*, como dijo Juan Carlos ⁽¹⁾.—*Exter-*

(1) Oneto y Viana : *La Política de Fusión*, pág. 467.

minado todo un ejército de patriotas, decía José Pedro Ramírez, por haber querido cometer el delito de reunirse en clubs y de votar en las urnas.

¡Qué tiempos! ¡qué barbarie! La patria enlutada cerró para siempre sus puertas al prócer que, contrariado, impotente y decepcionado, no quiso ya volver más á ella.

La barbarie sangrienta de Quinteros, probando, una vez más, *que el martirio es el riego fertilizante de la fe y la semilla de todos los heroísmos que han salvado las grandes causas* ⁽¹⁾, trajo al poco tiempo la gran cruzada libertadora, capitaneada por el general Flores, quien, con esa página histórica, borró muchos de sus pasados errores.

No me toca abrir juicio sobre esa epopeya, que no sancionó sin restricciones el gran maestro, como que abrió por segunda vez, aunque en concepto de aliado, á un ejército extranjero, las puertas de la patria; alianzas que, si bien han dado sus frutos históricos, él nunca había aprobado, como

(1) Palabras del autor de este trabajo biográfico al final de su oración fúnebre, pronunciada el 2 de Febrero de 1884 al pie del mausoleo de los mártires de Quinteros.

no aprobó la expedición brasileña de 1854, traída al país por el mismo general Flores, con el doble objeto de afianzar su dominación personal y domeñar las resistencias patrióticas del partido conservador.

XII

Fué duraute su larga expatriación y en presencia de todas esas alianzas anómalas donde acabó de madurar Juan Carlos Gómez la idea que había siempre evangelizado su espíritu clarovidente, de la reconstrucción del Virreinato, fijando la capital en Montevideo.

El espectáculo de las luchas intestinas en ambos países; la historia de sus invasiones recíprocas, después de la caída de Rosas, que siempre apoyaron su base agresiva de operaciones en la autonomía de una y otra banda, de las que pueden servir de ejemplo la invasión que el general don José María Flores llevó del Estado Oriental sobre En-

tre Ríos el año 1853 ⁽¹⁾, y la de la escuadra de la Confederación, armada en Montevideo, bajo el comando de los coroneles Mauricio y Salvañach, con la complicidad del gobierno oriental, para forzar el Paso de Martín García el año 1855, cuando Buenos Aires estaba en guerra civil con la Confederación, y las correlativas que ocurrieron más tarde á impulso de las mismas leyes de afinidades históricas de ambos partidos tradicionales; — como ser la expedición revolucionaria al mando del general César Díaz en 1858 y la invasión del general don Venancio Flores en 1863 — hechos que han seguido repitiéndose por pasiva hasta nuestros días ⁽²⁾, veinte años después de la muerte del prócer — habían fortificado en su espíritu la convicción de que la existencia del Estado Oriental segregado del gran organismo nacional argentino, de que había formado parte integrante, no era posible, sin comprometer su desarrollo orgánico, sin mengua de su vitalidad y sin la desaparición

(1) García Merou: *Historia de la República Argentina*, tomo II, página 374.

(2) Las dos últimas expediciones revolucionarias del partido nacionalista partieron de Buenos Aires y se robustecieron con el notorio concurso y la tolerancia de sus gobiernos.

ción inevitable de nuestra martirizada nacionalidad.

Se había convencido de que sacrificábamos, como los aztecas, á una divinidad quimérica, toda nuestra savia, lo mejor de nuestros hijos.

— ¡Cuarenta y nueve años de martirio, exclamaba el año 1879, *sin un día de verdadera libertad y de positivo sosiego!* ⁽¹⁾

Si hoy viviera, todavía podría exclamar: *ochenta años de martirio*, de espejismos de independencia y de libertad, de raudales de sangre fraticida derramados para glorificar una deidad quimérica, y la patria como Italia, según la expresión del poeta, convertida en *un polvo de héroes*.

Entonces ya no pudo resistir más, ni ahogar por más tiempo dentro del pecho convicciones que atormentaban su alma, y arrostrando preocupaciones, fanatismos románticos, fetiches de terruño, invectivas, calumnias, mezcladas con los anatemas provenzales de los poetas felibres, y hasta las censuras de sus más caros discípulos, aprovechó las fiestas de la Florida — que tan

(1) Carta-polémica dirigida al doctor Alejandro Magariños, en 15 de Mayo de 1879, publicada en *El Siglo* de ese año.

luego bajo la sombría tiranía de Latorre solemnizaron la independencia—para lanzar su protesta en medio de ese festín de embriaguez helénica—protesta que nos hirió en la frente á todos—que yo mismo conceptué con mi inexperiencia juvenil un sacrilegio, pero que, con el estudio, la experiencia y los años, he comprendido que fué una profecía dantesca, á la que los hechos no hacen sino dar la razón después de sus días.

Nada pudo, sin embargo, quebrantar su fe en sus oráculos, pues murió impenitente, como Galileo, exclamando: *E pur si muove*.

Yo sé que cumplo su último codicilo secreto demostrando ese movimiento, justificando la intuición genial de esa fórmula del gran maestro, que sólo delinquiró ante sus contemporáneos viendo claro en el porvenir, mostrando al país como Moisés la tierra prometida, y al que sólo le faltó, como á Josué, el poder bíblico de hacer parar el Sol del Destino, para que alumbrara al mundo del Plata de *eterna claridad*.

XIII

Pero antes de hacer esa exégesis expiatoria á que consagraré la segunda parte de este bosquejo, oigamos por última vez á su alma lacerada contestar con sublimes ironías las mil calumnias de los libelistas ortodoxos, las asonadas literarias que pretendieron ahogar sus profecías sin meditarlas, sin comprenderlas, condenándole como herejarca, traidor, apóstata, tráfuga, renegado, á él, que, cual ningún otro uruguayo, había sido el confesor y mártir de esa independencia llorosa, el crucificado de los barrabasismos de su patria, el defensor heroico de la dignidad y de la integridad nacional contra el Imperio y contra Rosas,— á él, que, después de haber predicado las virtudes con el ejemplo de una vida sin mancha, tuvo, como Savonarola, según dijo un diario argentino, *el inaudito coraje de la impopularidad*.

Oigamos esa imprecación, digna de Escipión el Africano:

«Nací el año 20, el año de las montañas y de las independencias. No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule usted (se dirigía al doctor Magariños) el camino que hubieran hecho mis ambiciones desde el año 1825 en este ancho campo en que podía aspirar á la posición encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados nacidos bajo la bandera oriental se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores y ministros, y tal vez llegue alguno á calzarse la Presidencia.

«Yo preferí á esa tentación de la Montaña correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazón, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa aterido y desnudo.

«Yo preferí, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los cau-

dillos, á ser prócer de una grande y próspera República ó magnate de un opulento y vasto Imperio.

«Se han revelado tantos corazones y tantos patriotismos entre mis conciudadanos ó comprovincianos de la época presente, son tantos allí los que han hecho el sacrificio de sus intereses, los que han dado la espalda á la elevación personal y á la fortuna pingüe, los que han prohijado la pobreza humilde que ha dejado de ser la *fecunda virorum paupertas* del poeta,—son de tal tamaño las abnegaciones, que no debe parecerme extraño que se feliciten de poseer trescientos atenienses más dignos que yo de llevar una piedra al edificio de la glorificación de la patria (sic).»

XIV

Yo, que por poco menos fuí también declarado *traidor á la patria* por los tiranuelos é incondicionales de mi propio partido ,

(1) Decreto de 25 de Marzo de 1881.

que reservaban sus plomos para el delito de no pensar como ellos, ni acompañarlos en sus explotaciones tunecinas del sentimiento nacional, no puedo leer estas páginas sin que vengan á mi memoria aquellas sublimes ironías de Proudhón que repiten todas las almas superiores, doloridas por la satiriasis servil del egoísmo humano.

«¡Ironía! ¡verdadera libertad! Tú me libras de la ambición del poder, de la servidumbre de los partidos, del respeto de la rutina, del pedantismo de la ciencia, de la admiración de ciertos grandes personajes, de los engaños de la política, del fanatismo de los reformadores y de la adoración de mí mismo.

—¡Ironía! Tú te revelaste antiguamente al sabio en el trono, cuando figuraba como un semidiós, para que exclamara: *vanitas vanitatum*.—Tú fuiste el demonio familiar del filósofo cuando desenmascaró al sofista, al hipócrita, al ateo, al epicúreo, al cínico.—Tú consolaste al justo moribundo cuando oró en la Cruz por sus verdugos, y dijo: «Perdónalos, padre mío, que no saben lo que hacen».

Juan Carlos Gómez no se defendía en esas páginas, como en cien otras no menos

vigorosas que ha dejado escritas: tan sólo perdonaba, como Jesús, con esas ironías sublimes, á los queregonaban su crucifixión.

¿De qué podía defenderse, él, cuya vida fué siempre transparente y un sacrificio constante; él, de cuya pluma jamás brotó un insulto para sus más implacables enemigos; él, *que colocado*, como decía *La Nación* de Buenos Aires, *á la cabeza de todos los diaristas del Plata, dió el modelo de admirables formas literarias que lo dispensaban del insulto?* ⁽¹⁾

¿Qué flecha charrúa pudo jamás alcanzarle en el zenit, á que lo elevó su genio, justiciero y magnánimo?

La apoteosis que hoy le rinde su patria, como la que la Francia entera rindió á Hugo, que con sus Castigos la vengó de la afrenta del segundo Imperio; como la que la Argentina rindió á Sarmiento, proscrito, maestro y profeta menos infortunado que Gómez; como la que en vida ha glorificado á Mitre, que tuvo la sublime inercia de guardar treinta y cinco años en su archivo las piezas convincentes de su genio militar, tam-

(1) *La Nación*, artículo necrológico publicado en su *Corona fúnebre*, pág. 52.

bién calumniado, son el mejor testimonio de que la causa de los grandes hombres, de los *seres-faros*, como los llama Díaz Mirón, que *alumbran hasta morir*, no necesita ser defendida.

El siglo XIX fué el siglo de las apoteosis en el viejo mundo, el siglo XX empieza á ser el de las apoteosis del mundo americano, cuyo panteón está poblado de apóstoles, de libertadores y de mártires. El Uruguay da hoy ese noble ejemplo á la América.

SEGUNDA PARTE

EL ESTADISTA Y EL PROFETA

Bien, pues: ahora que ya todos conocen al grande hombre bajo sus múltiples fases: de poeta, político, periodista sin par, publicista, orador, proscrito, tribuno, apóstol austero y ejemplar, y también al caballero cruzado de la justicia y de la libertad, sólo falta que se le conozca como pensador gigantesco y como profeta genial.

¿Lo fué el doctor Juan Carlos Gómez?

Los hechos responderán por nosotros.

No entraré á dilucidar la parte histórica ni jurídica de su debatida tesis, sobre el origen forzado de nuestra independencia nacional.

Feliz ó desgraciada, ella es un hecho *afirmado*, respetado por todos los orientales, incluso por el doctor Juan Carlos Gómez, que más que ningún otro le rindió pleito acatamiento ⁽¹⁾.

(1) Véanse sus declaraciones en todos sus escritos y polémicas, especialmente en las que sostuvo con el doctor A. Magariños en 1879, y con el doctor Ramírez en 1872. (Colección de *El Siglo*).

A este respecto, cualquiera que fuese su partenogénesis, cabe decir con un distinguido publicista uruguayo, *que es un hecho afirmado y ratificado en medio de sus vicisitudes é infortunios durante ochenta años por un plebiscito de todos los días* ⁽¹⁾.

¡Está bien! Pero los plebiscitos no son eternos. Cambian con el progreso y las circunstancias, pues nada hay inmóvil en el universo, ni aún el Sol que marcha en tren expreso con toda su corte de planetas hacia la constelación de Hércules.

El Derecho de Gentes no es sino la legalización de la geografía política, como ésta á su vez no es sino la expresión gráfica del mundo económico.

El cetro de la historia lo ha empuñado siempre la mano invisible y nervuda de la Economía Política. Es ésta la que hace y deshace las naciones, como decía Gómez.

Ella es la que da argumento á la ambición de conquista y traza rumbos á la espada de los conquistadores.

El interés económico es y ha sido siempre la materia inflamable de la historia.

(1) Agustín de Vedia: discurso pronunciado en el Club Oriental de Buenos Aires el 25 de Agosto de 1905, pág. 15.

La patria chica y la patria grande no han podido ni podrán sustraerse á esta ley histórica.

Por eso Juan Carlos Gómez estaba en lo cierto cuando decía que *la patria no era el terruño, como la casa no es la familia; que la patria es la asociación de los hombres de una raza, de una lengua, de una tradición, de una comunidad de ideas y de sentimientos, de una misma sociabilidad y de un mismo interés patriótico* ⁽¹⁾.

Le faltó agregar: y de un mismo interés económico.

En esta concepción de la patria, agregaba, cuanto más grande es la asociación, más poderosa, más rica, más apta para los grandes fines de las sociedades humanas ⁽²⁾.

Por eso era lógico, incontestablemente lógico, cuando afirmaba que *en el Río de la Plata, el hecho y el derecho, el interés y el esplendor del Estado Oriental lo llaman á la Unión.*

(1) «La Patria Chica»: artículo publicado en *El Siglo* del mes de Septiembre de 1879.

(2) Artículo citado.

Mas esto es precisamente lo que no quiere comprender la arrogancia fidalga de los orientales, que se niegan á ver por la ventana del mundo moderno, que tiene vistas al mar, todo lo que pasa fuera de la Patria chica, á la que ven grande en sus megalomanías ópticas de independencía, feliz en su inmovilidad cadavérica, inviolable á pesar de sus retaceos territoriales de islas y fronteras, próspera con su deuda hebraica de 135:000.000, sobre una población vegetativa de 1:000.000 de seres humanos, en que sólo dos terceras partes son orientales.

XVI

De todos los pueblos de América, somos el único que, como los chinos, tiene la cabeza rapada de ideas positivas y atiende sólo al cuidado romántico de su trenza charrúa.

Bien supo la diplomacia imperial lo que hacía dándonos á beber el hatchis de la Independencia, que nos tiene embriagados

aún con el encanto de nuestros sueños heroicos de gloria, después de 80 años.

Es contra ese sueño hipnótico que se reveló el genio osiánico de Juan Carlos Gómez.

Él nunca fué anexionista, como se ha propalado, y como con ingenuo candor se lo atribuye la prensa argentina ⁽¹⁾ y lo repiten en coro é inconscientemente y sin examen sus compatriotas extraviados.

Juan Carlos Gómez fué únicamente el apóstol mesiánico de la reconstrucción del Virreinato, vale decir, de la Unión de las Repúblicas del Plata, teniendo por capital á Montevideo. A esa utopía, que será la realidad de mañana, llamó *la Patria grande*, que al fin no fué otra cosa sino la consagración científica de la utopía del precursor de nuestra nacionalidad, consignada en el Congreso de 1813 y en los artículos 2.º, 7.º y 8.º y especialmente en el artículo 19 de las Instrucciones que llevaron el 13 de Abril de 1813 los delegados de la Provincia Oriental á la Asamblea Constituyente de Buenos Aires.

(1) Véanse á este respecto los diversos artículos que escribieron los diarios argentinos, con motivo de su muerte, compilados en su *Corona Fúnebre*, editada por el Club del Progreso, de que era Presidente.

Nadie ha comprendido, todos han calumniado su fórmula, que es el binomio de una gran nacionalidad.

Los argentinos son anexionistas: lo fué Rivadavia, lo fué Alberdi, lo fué Rosas, lo fué Sarmiento, lo era Roca.

Sólo Mitre, satisfecho sin duda de su obra titánica de la unificación y organización argentina, no ha tenido veleidades de anexionista, ni ambición empírica de ensanchar sus dominios, siendo tal vez el único argentino que podía haber soñado con el engrandecimiento del Plata, y dar un paso más, para realizar la grande obra de su unificación.—Ha sido demasiado Nestor.

Fué prudente y parsimonioso hasta para capitalizar á Buenos Aires. Sarmiento no llegó tampoco á dar importancia al problema de la grande unidad del Plata, sino á través de su fantasía anexionista, queriendo hacer de la Isla de Martín García su Argirópolis, es decir, la ciudad del Plata, olvidando en su fantasismo que no se asienta la capital de una gran nación sobre un islote granítico de cuatro kilómetros cuadrados de superficie territorial, en que hasta la carne y las verduras tendrían que venir por mar.

Sin embargo, fué el más desprendido de los metropolitanos argentinos y el capitalizador más excéntrico y que más se alejaba de la otra orilla querandí.

He compulsado su correspondencia con Juan Carlos Gómez, que ha puesto á mi disposición su albacea ⁽¹⁾, y en ella he podido darme cuenta de la bisectriz de esta controversia singular entré argentinos y orientales. Ambos próceres, con la vista del cóndor, comprendían y amaban la unión, veían en ella el único remedio para apagar el cráter de nuestras luchas plutónicas, la campana neumática para ahogar las ambiciones del caudillaje y los egoísmos concupiscentes de los déspotas regionales.

Ambos veían en la unión la prosperidad, el engrandecimiento, la distensión hemisférica de las energías de la más rica raza del continente meridional, como que es la resultante étnica de un cosmopolitismo que sólo tiene rival en el Norte.

Pero Sarmiento no advertía toda la importancia económica que la Banda Oriental

(1) El doctor don Benigno Andrade Jardim, depositario de su correspondencia, mi condiscípulo y amigo de la infancia.

aportaba á la Asociación. Desconocía, como todos sus compatriotas, la ecuación de báscula económica de las dos nacionalidades. Perdía de vista la solidaridad material de los intereses recíprocos, balanceados por la respectiva posición geográfica de ambas Repúblicas, mancomunadas por las mismas arterias fluviales. Pagaba, como todos los buenos argentinos, su tributo al barro de la gran masa occidental.

XVII

Juan Carlos Gómez, más intuitivo, más ecuánime, más genial en sus tristezas, veía con su misantropía oriental, de un modo más práctico y científico las cosas.

Se daba cuenta del fenómeno étnico del encariñamiento histórico por nuestra quimérica independencia; sabía que un pueblo altivo y heroico no se deja arrancar sino á pedazos la deidad que ha adorado, por un *plebiscito diario de 80 años*, siquiera sea romántico y sentimental, y comprendía que

para entrar á discutir el prenotado de las conveniencias mutuas, era menester buscar una fórmula de compensación usuraria al orgullo herido, más claro, ofrecer en cambio de la independencia, la capitalización.

Pero esta fórmula, que facilita la solución del problema por el lado oriental, para poder dar entrada á la cuestión de intereses materiales recíprocos, la complica por el lado argentino.

A no dudarlo, con su intuición genial, él veía claro que el aspecto más difícil del problema se presentaría del lado argentino, cuando se plantease la fórmula del binomio nacional, con la capital en Montevideo.

Por eso le decía al doctor Magariños en aquellas brillantes páginas escritas el año 1879: *Aquí, para entre los dos: No es en el Estado Oriental en donde surgirán las resistencias: es Buenos Aires quien ha de resistir el hecho hasta las últimas extremidades* ⁽¹⁾.

Y tenía razón. No será al fin el Estado Oriental quien resista la fórmula de la unión

(1) Párrafo de la carta que dirigió al doctor A. Magariños Cervantes el 15 de Mayo de 1879. (Colección de *El Siglo*).

teniendo por capital á Montevideo, cuando la medite con calma y la comprenda, sino la República Argentina; digo mal: no será la República Argentina, sino Buenos Aires, la gran metrópoli de la Banda occidental.

Quizá fué esta consideración fetichista la que indujo á Sarmiento á inventar su fórmula salomónica de la Argiropolis, especie de jugo sinovial para articular las rivalidades de dos pueblos hermanos; algo semejante al idilio terapéutico del doctor Rawson queriendo transportar á *Fraile Muerto* la capital argentina ⁽¹⁾, cuando se discutía la federalización ó la capitalización de Buenos Aires. ¡Sueños de Homeros!

¿Podría resignarse Buenos Aires á declinar de su preeminencia de capital política de la gran cuenca del Plata, precisamente cuando su grandeza y prosperidad legitiman su rango de capital histórica?

Por buenas, es decir, por amor platónico al ideal del engrandecimiento común, no hay que esperar que lo consienta. Gómez tenía razón.

(1) Es notorio que el doctor don Guillermo Rawson prestigió esa idea, según consta en los diarios de la época.

XVIII

Los argentinos, ó, mejor dicho, los porteños, aman más que los orientales la unión; comprenden mejor que nosotros las ventajas políticas, económicas y sociales que fluyen de todo gran organismo nacional, con cuadernales en todas las zonas, pero á condición de que Buenos Aires, la gran capital del Sur, sea la metrópoli babilónica que reciba los tributos de todo ese vasto imperio.

Esa preeminencia, nunca, de buen grado, se la otorgaría la opulenta ciudad de los Virreyes á Montevideo, ciudad de los Tenientes Gobernadores, por más blasones de reconquistadora que ostente en su escudo; porque sus claros instintos bien le auguran que con su posición geográfica de atalaya avanzada sobre el Océano, Montevideo dejaría de ser pronto la *tacita de plata*, con que de vez en cuando nos arrulla la piadosa musa argentina, para convertirse en el *taxón de oro*, que le arrebataría el cetro de la supremacía marítima y comercial del

Plata; y el orgullo porteño no se resignará jamás, repito, de buen grado, por amor al arte del engrandecimiento nacional, á perder esa hegemonía económica; pues hasta tanto no llega el heroísmo en los pueblos latinos.

Por más que bien poco sufriera Buenos Aires en sus intereses materiales con esa transposición de rango, porque al fin todo quedaría en familia, desde que todos vendríamos á ser miembros de un misrao organismo nacional, bajo la polaridad de nuevas emociones de raza; por más que bien poco sufriera materialmente Buenos Aires, decía, con nuestra Talasocracia marítima, dudo mucho que se resignase á nivelar su rango con el nuestro, ni aceptase dar hospedaje en su panteón histórico á nuestros pequeños dioses.

Los intereses del localismo son sórdidos y no especulan con las ventajas generales que sólo ven en lontananza. Se preocupan únicamente de los menoscabos del momento, de los fetiches de la vanidad y el orgullo, de los perendengues de los escudos, y por más que los ejemplos de las razas del Norte son bien elocuentes para curar estas

neurosis latinas de música de viento, patentizando el progreso concomitante de Berlín con el de Hamburgo, después de la unidad alemana, el de Milán con Génova después de la unidad italiana, el de Liverpool con Mánchester y Londres, el de Chicago con el de New York, cuyos opulentos barrios se codean en la inmensa feria del progreso humano, dudo mucho que la *capitalacia* porteña se convenciese de que el progreso solidario de ambas Repúblicas, abatidas sus barreras aduaneras y mancomunados sus puertos, fuera tan enorme, que compensase las pequeñas desventajas del presente, aunque dejase intactos los fueros, distribuídas con equidad las hijuelas, y, por ende, triplicadas las riquezas comunes.

XIX

La idea de cerrar para siempre el templo de Jano en esta marcial y turbulenta región del Plata, de refundir en uno solo nuestros quince mercados con una red económica de

nervios de acero y de vasomotores perfecta, con rentas triplicadas, con una defensa común, infinitamente más económica que dos defensas—con cuatro grandes puertos oceánicos, con siete millones de almas, para comenzar la anfictionía; todo eso sería muy grande y muy hermoso en pueblos de raza sajona, que forjan una nueva estrella por año, pero nada práctico para satisfacer el vaho de los orgullos latinos, que dejan siempre perecer las colonias por los principios, que confunden el honor con la soberbia y el flato, que persiguen la sombra por la realidad, que quiebran lanzas por Dulcineas del Toboso federal y unitario, *qui portent des moustaches, mais qui ne connaissent pas la géographie moderne*, y que ven crecer el panslavismo, el pangermanismo, el panbritanismo, el yanquismo; renacer de sus cenizas, como el Fénix, la Italia y la Grecia, en contraste con la fragmentación sudamericana, que convierte á algunas de sus republiquetas en feudos medioevales, en escaparates de tablas de proscripción perpetua y que sueñan con hegemónías quiméricas sin base etnográfica ni económica, pero ni siquiera de verdad polí-

tica, creyendo todavía, como los mirmidones antiguos, que basta arañar la tierra para resolver los grandes problemas de ponderación internacional.

No habría que esperar, pues, que jamás las grandes entelequias de la Unión del Plata, con las que soñaron los varones de Plutarco de una y otra banda, lleguen á convertirse en realidad en estos tiempos de fariseísmos políticos, en que la justicia y la libertad suelen abrasarse en amores lésbicos y penetrar en las grutas de Eleusis; en que el derecho es despreciado y repudiado como moneda falsa en la Administración y en el Pretorio, realizándose también en política el teorema de Gresham; en que las decepciones invaden el alma de los pocos caballeros de verdad que han sobrevivido á las luchas románticas por la libertad; en que el culto del Becerro de oro ha nivelado todos los patriciados, y el talento y la ciencia son utilizados tan sólo para dar el *maquillage* al *epicuri de grege porcum* de Horacio, que nos deforma moralmente por babor y estribor, no habría que esperar, decía, que llegue á convertirse en realidad, si no mediaran otras razones más positivas,

más imperiosas, más contundentes, para curar los flatos del *chauvinismo* interterribereño, é imponer, tarde ó temprano, por *la razón ó la fuerza*, como reza el escudo chileno, la fórmula profética de la unificación del Plata.

¿ Existen esas razones ?

¿ Las entrevió el genio del gran Apóstol ?

XX

A no dudarlo; y el mayor homenaje que puedo rendir á su genio evangélico, es, después de mi conversión de Damasco, difundir, como San Pablo, su apostolado, que aún sigue calumniado después de su crucifixión.

Él me lo repetía cien veces, sin por eso devolver el sueño á mi fiebre de pretensiones levantiscas, y mal criadas, cuando taconeaba para igualar mi estatura á la del maestro.

«La naturaleza es la que hace y deshace
«la obra de los políticos; la naturaleza, que

«nos ha separado por un brazo de mar más
«corto que el *Sinus arabigus*, es la que
«nos unirá algún día. No lo olvide.»

Yo le escuchaba con deleite, pero como buen descendiente de Zapicán, mi mollera dolicocefala se mostraba rebelde á sus antífonas.

Allá por el año 1875, había escrito un pequeño libro sobre las «INSTITUCIONES DE CRÉDITO ARGENTINO», en que había deslizado algunos conceptos sobre el Zolverein del Plata, afirmando que el Comercio y la Economía Política crearían la Liga Rioplatense, como crearon á orillas del Báltico la Liga Hanséctica (sic) ⁽¹⁾.

Me parecía que era ya mucho conceder, hace treinta años, á las preocupaciones de la época, y hasta me creía, *un escucha* ⁽²⁾ perdido en el entrevero de pasiones políticas que han debilitado á estas sociedades.

Juan Carlos Gómez saltaba por encima de mis repulgos antiartiguistas, ridiculizaba mis aforismos económicos, respetaba mis es-

(1) Defensa de las instituciones de crédito, por Angel Floro Costa; año 1875, pág. 137.

(2) Durante el Sitio Grande que sufrió Montevideo de 1843 hasta 1851, se llamaba *escucha* al centinela avanzado de las fuerzas de la plaza, destacadas generalmente de noche para observar al enemigo.

crúpulos maniqueos, pero me lanzaba á boca de jarro, su frase eternamente profética: LA UNIÓN.

¡Ah! El gran maestro adivinaba lo que recién he comprendido veinte años después: que toda liga aduanera, que todo Zollverein en el Plata es una quimera que sólo cedería en provecho del pueblo industrial más grande, más aguerrido y mejor organizado, y que en el protocolo seríamos siempre absorbidos y anquilosados ⁽¹⁾.

Mi imaginación en aquellos tiempos, como la de la mayoría de los mosqueteros de nuestra lírica independencia, se paseaba, como la de Sieyes, por un mapamundi san-simoniano.

Ignoraba lo que el estudio y la experiencia, castigando mi unción de levita, me ha enseñado después.

Entonces me resistía á creer que nuestros intereses económicos fueran profundamente antagónicos de los intereses económicos argentinos, y que en este roce inevitable de dos cuerpos soberanos de distinta

(1) No hace muchos días un reputado diario argentino, con motivo de un reportaje hecho á nuestro ilustre compatriota el doctor Zorrilla de San Martín, ha preconizado como una novedad esa idea.

magnitud, con riberas comunes sobre un mismo Estuario, el más débil é indefenso sería siempre el Cordero pascual de la cena internacional, á pesar de la eterna marsellesa de nuestra fraternidad, de la que son maestras de contrapunto nuestras respectivas cancillerías.

Mucho he tardado en comprender que en el traumatismo de la concurrencia universal, el Estado Oriental, *la Patria chica*, con todos los atributos de balas, caballos y toros, cerros y balanzas de su nobiliario escudo, sería el miembro amputado ó por lo menos anquilosado, cada vez que el hermano mayor se dignase encasquetarnos su gorro frigio.

A pesar de todas las sonoras estrofas de nuestro himno y dictámenes de nuestros historiadores, las leyes de policía sanitaria, la ocupación estratégica de nuestras islas, las tarifas aduaneras y consulares argentinas, el volumen de sus mercados nos dictan la ley, so pena de anemia comercial. Las mismas rivalidades que suscita la superior calidad de nuestros cereales y carnes y todos sus subproductos, se han resuelto en trabas depresivas para nuestro comercio,

obligado á encanutar sus salidas por puertos argentinos, y á permanecer atónitos ante la prohibición de que las naves de ultramar completen sus cargas en los nuestros á las barbas de nuestras legaciones.

La supresión definitiva de sus derechos de exportación, más que á nuestra renta, tiende á vulnerar nuestra competencia industrial, y mientras que nosotros seguimos congestionados en nuestras luchas intestinas de *gaiferos* y *traineros*, disputando cómo hemos de pescar nuestras truchas, los occidentales construyen á vapor y nacionalizan sus puertos, derivan hacia sus costas el comercio fluvial, y, de vez en cuando, con su culta ironía, aplaude su prensa nuestros progresos, lisonjea á nuestros bardos y rapsodas, y nos manda su escuadra y sus bizarros marinos para saludar nuestras banderas con su generosidad de gran señor.

¡Ah! ¡los débiles, los débiles! ¿Quién hizo caso en el mundo de sus arrogancias, ni cortejado en serio las musas de ninguna patria chica?

XXI

Juan Carlos Gómez comprendía bien todas estas ironías, y pensaba, con razón, que para defendernos de las consecuencias letales de este antagonismo que nos condena, *velis nolis*, á desenvolver nuestras energías en medio de conflictos internos y externos, que devoran nuestros recursos y nuestros mejores hijos, que nos exhibe en la historia, á pesar de nuestro heroísmo, como dice Virgilio, *Telum imbelle sine ictu*, con fiereza, pero sin fuerza,—siempre ultrajados, siempre explotados, corroídos por la lepra de envidias solariegas, con un nacionalismo tan desmantelado como el de la vieja Italia, que acabó por ser una *expresión geográfica*, después de haber sido señora del mundo; comprendió, decía, que no teníamos otra fuerza defensiva que las ventajas de nuestra privilegiada posición geográfica.

El ilustre prócer habíase dado cuenta quizá, antes que ningún uruguayo, de que la naturaleza nos había asignado en la ser-

vidumbre de aguas del Plata el rol de *predio dominante*, y á la Argentina, á pesar de su mole, el rol de *predio sirviente*, por el solo hecho de colocar sin venia de la metrópoli los canales hondos del Estuario á media milla de nuestras acantiladas costas, y á Montevideo á la entrada de las aguas hondas del mar.

Sabía que contra esas mercedes enriqueñas de la Naturaleza, nada han podido ni podrán las cábalas de la política, ni la ambición de los gobiernos, ni las sulfataras de las cancillerías, ni la historia, ni el orgullo, ni las vesanias de los pueblos.

El problema, pues, quedaba reducido á saber descontar bien ese capital, caso que persistiéramos en la independencia *quand-même*, ó en hacerlo valer *bien aquilatado*, caso de decidirnos por *la asociación*, para que el reparto de las utilidades no fuese usurario ni leonino.

Cuando murió el gran prócer, estas cuestiones apenas se habían planteado en forma de arreboles.

Ni él mismo podía sospechar cuánto los hechos posteriores darían razón á su genio presciente.

La conclusión de los dos grandes puertos argentinos en el Estuario y la construcción de los de Bahía Blanca y de los ríos, *el aprovechamiento fácil quia nominor leo*, de los canales orientales del Estuario, de que ni siquiera tenía noticias la técnica hidrográfica de sus oficinas el año 1884, desurtida hasta de cartas *fidedignas* del Estuario ⁽¹⁾, y la revolución comercial que debían producir estos hechos en toda la vasta cuenca del Plata, derivando el eje de las transacciones hacia sus costas, llevando á ella hasta los depósitos de carbón y el tráfico de los ríos y del Paraguay, sin que la Patria chica se hubiese preocupado, en su *sancta simplicitas* gubernativa de los pasados tiempos, de contrarrestar estas pérdidas con otra cosa que con serenatas políticas y desaciertos financieros y portuarios *de una criminalidad acentuada* ⁽²⁾ no ha-

(1) El autor de estas líneas conoce á fondo estas cuestiones y garante lo que afirma.

(2) Nadie creería la trascendencia de los errores que se han cometido y se cometen en nuestro puerto, entregado á las fauces del más imprevisor dulcamarismo. Hemos prometido al Excmo. señor Presidente un estudio sobre estos errores, apenas tengamos algunos días de descanso, y cumpliremos nuestra deuda con la patria con este último servicio. El patriotismo y probidad del ilustre magistrado que hoy rige nuestros destinos nos garante que nuestra voz no será perdida.

brían hecho sino entristecer y decepcionar aún más al apóstol, y hacerle desear que las Parcas cortasen de una vez el hilo de sus días, para no contemplar los dolores de la madre, que dudaba de la ciencia profiláctica de sus mejores hijos, los expulsaba de su seno y se entregaba con fruición macabra á las pócimas de curanderos sin rubor y sin conciencia.

XXII

Basta pasar la vista por los documentos oficiales de nuestros hermanos los occidentales, para ver la preocupación espasmódica que empezó á trabajar los espíritus, apenas sus hombres públicos empezaron á darse cuenta de la amenaza que implicaría para su desarrollo económico la sola construcción del Puerto de Montevideo, que con un fondo de 30 pies (9.14), con su amplio canal de entrada enfilada hacia el Sudeste, con su antepuerto espacioso para dar albergue á toda la navegación del Plata y del Pacífico, y un *entrepôt* con capacidad su-

ficiente para ser el depósito general obligado de toda la importación de ultramar, movilizadas por el *warrant* uruguayo, vendría á crear una situación nueva, presentándose en el porvenir como una realidad, á la vez que pavorosa, humillante para el patriotismo y la vanidad argentina.

La cosa no tenía vueltas, y por donde quiera que la técnica la contemplase, tropezaba con una mueca irónica.

Montevideo sería el puerto terminal de la navegación de gran calado, que es la única que resuelve el problema de la baratura de los fletes. Sería, pues, un puerto estrangulador.

Los puertos de Buenos Aires, en que se habían gastado tantos millones como ilusiones, quedarían reducidos, por un úkase cesáreo de la naturaleza, á puertos de cabotaje mayor, hasta que algún Polifemo rompiera los obstáculos de Punta del Indio, que detienen en sus barbas los buques que calan más de 24 pies.

El *entrepôt* de Montevideo ⁽¹⁾ vendría á

(1) Tuve el honor de ser el primer uruguayo que hace 30 años propuso esa gran idea en una serie de artículos que se publicaron en *La*

desmontar de sus Pegasos todos los proyectos de zonas y puertos francos, que allí empiezan á navegar de puerto en puerto como los yates con su velamen de sueños, y á quienes los *paquebots* de 30 pies tan sólo saludarían de lejos.

El primero que osó descorrer el velo de esta plataforma fatídica fué el gran ingeniero americano Mr. Corthel, llamado para consultor del Gobierno, que sin pelos en la lengua, y con la ruda probidad de las gentes del Norte, aplastó un buen día con su lógica de acero á todos los filisteos hidrográficos que alimentaban los *turibulos* de la vanidad nacional. (Léanse sus folletos).

La parábola era algo así como una especie de *Mane Thesel Fares* que marchitaba de golpe la mitad de las ilusiones argentinas, á la vez que desacreditaba algo á los rapsodas de la Patria grande, cuyos centones eran tenidos como cánones por sus candorosos congresos.

Hay que hacer justicia al profundo patriotismo del pueblo argentino.

Idea el año 1873, para combatir el puerto Tuson, proyectado al Sud de nuestra bahía.

Mis ideas triunfaron felizmente con poco esfuerzo en aquel entonces, pero nadie meditó la idea del *entrepôt*, que ha quedado para mejores tiempos.

Lo que entre nosotros no habría interrumpido la digestión de nuestras opíparas remoliendas políticas, á ellos los sumergió en honda consternación.

No esperaban ese chasco del Destino, siendo hoy mismo la exclusiva preocupación de sus gobiernos, sus congresos y su prensa, por lo pronto, espantar el fantasma, y en seguida buscar medios de conjurarlo, en familia.

De ahí todos esos proyectos de cauces romanos en Punta del Indio, de estudios por primera vez serios, sobre esa sección del Estuario ⁽¹⁾, de conatos de defensa del Río de la Plata con absoluta prescindencia de nuestra minoridad linfática de ribereños inconsultos ⁽²⁾, de proyectos gubernativos para unir á Buenos Aires con los ríos por un canal costanero, como el proyectado hace doce años por el ilustre ingeniero don Emilio Mitre ⁽³⁾, y otras iniciativas no menos kalei-

(1) Practicados por el capitán de navío Sáenz Valiente.

(2) Proyecto del ilustre y malogrado senador Cané, pendiente de estudio del Senado, y acerca del cual tengo noticia se habían practicado estudios secretos reservados en aquella cancellería.

(3) Este proyecto es, á nuestro juicio, salvo los respetos que nos infunde la ciencia y el talento de su autor el señor ingeniero don Emilio Mitre—aun en la hipótesis de su practicabilidad y conservación hidráulica—una de tantas rutilantes utopías con que el patriotismo

doscópicas con las que nuestros convecinos del Plata avivan de vez en cuando sus ilu-
mitigan sus desilusiones.

XXIII

¡Ah! si nuestros vecinos ribereños tuviesen noticia del poco caso que hacemos nos-

argentino demuestra su indómita rebelión á pagar tributo al señorío hidrográfico de nuestras costas y canales naturales.

También hace algún tiempo el ingeniero Mercau, imbuído en el mismo sentimiento de rebelión, ideaba la construcción de un canal *por el lado argentino del Plata*, aprovechando los pozos de Barca Grande y el canal de las Palmas. (Proyecto Mercau, año 1904).

Todos estos proyectos tienen la virtud de inflamar el respetable patriotismo argentino, pero á nuestro modo de ver ofrecen un aspecto poco práctico por su faz financiera.

El proyecto del señor Mitre y Vedia, que acaba de encontrar acogida en el sensorium del gabinete argentino, sólo puede ofrecer ventajas á los buques que calen más de 21 pies, que es el fondo normal del canal de Las Límetas que da entrada al canal del Infierno, que es el que utilizan hoy *sin pagar impuestos* los buques que remontan los ríos.

Es difícil concebir, pues, las ventajas que la navegación de menor calado encontraría para abandonar la ruta natural fácil y *libre de impuestos*, para ir á alimentar con su tonelaje gravado con impuestos el canal del eminente ingeniero argentino, que tal vez no ha calculado bien esta faz financiera de su laudable concepción, cosa que tampoco parece ha tenido en cuenta el gabinete. ¡Arcades ambo!

El único medio de hacerlo accesible á toda la navegación sería declararlo—como el Sund de Dinamarca—libre de todo peaje, en cuyo caso, el servicio del capital invertido en su costo, pesaría, como una de tantas deudas, sobre el Tesoro de la Nación.

Nada es imposible para la opulencia de aquel país.

otros los orientales de los tesoros hidráulicos de nuestro puerto, si estuvieran al tanto de los errores y desaciertos que han cometido en la última década los temerarios sátrapas que nos han gobernado, en que ni siquiera se ha hecho un estudio *probo* de las perforaciones de nuestra bahía, porque aquí, como allí, también se cuecen habas á calderadas, y como allí también se orientan canales de acceso, *con aplauso popular*, contra las corrientes y los vientos,—porque eso sí, los hijos de Agosto no somos menos intrépidos que los mismos hijos de Mayo, pues si ellos arremeten al través de las corrientes del Estuario y del puerto en ángulo agudo con rara valentía hidráulica, nosotros, *carabina á la espalda y sable en mano*, arremetemos á las del océano y no consentimos que ningún Tritón nos pise el poncho.

La culta Europa hace tiempo que está absorta del valor temerario de nuestros técnicos en cuestiones de mar, y del profundo acierto de nuestras mutuas empresas portuarias.

Pero aún les queda mucho por saber á nuestros vecinos ribereños de lo que pasa en esta banda de babor, como á nosotros

por saber lo que pasa en aquella otra banda de estribor del Plata—de *plata* en efectivo para toda obra portuaria *in utroque litus*.

Aún no saben que nuestro gran rompeolas de abrigo nos dejará sin antepuerto, que es lo mismo que no tener puerto, y que ya llevamos gastados \$ 4.000.000, de 51 peniques por peso, en remover el barro blando de nuestra bahía y en amontonar bloques, en una diga que se desfonda en cada pamperada, como debió desfondarse la tentativa de aquellos titanes que se propusieron escalar el cielo, amontonando Osa sobre Pelión.

Si supieran todo eso y que ninguna de esas hazañas impresiona á la opinión pública, ni quita su buen humor á esta raza de Centauros y Lapitas tan prolíferos para cosas domésticas como pródigos declarados de sangre y vidas para sus idolatrías románticas—cierto estoy que muy pronto recuperarían la calma, y rindiendo homenaje á nuestro patriotismo y sentido práctico, se les pasaría el sofocón de nuestro puerto y de sus amarras.

¡Si Gómez viviera!

¡Quiera el cielo que no lo despierte esta

apoteosis, para que no se entere de los riesgos que corre el patrimonio nacional en que él cifraba tantas esperanzas!

XXIV

Pero, al fin, los errores se enmendarán, nuestros hombres públicos sacudirán algún día su letargo. El patriotismo y la ciencia prevalecerán al fin y ocuparán su puesto en los consejos de estado, y el puerto se hará como lo prescribe la ciencia y lo exige el patriotismo, so pena del suicidio de nuestra nacionalidad.

Hay, pues, que especular sobre la verdad y tener confianza en el patriotismo y sabiduría del magistrado recto que actualmente gobierna el país, y creer que los orientales no somos una agrupación de casquianos, traidores y escépticos, que echan la casa por la ventana para que no se constipe la ignorancia nacional de la patria chica.

Y entonces, cuando el sueño de Gómez,

que es el de la mayoría de los ilustrados patriotas de esta banda, sea una realidad esplendente; cuando blancos y colorados vayamos á lavar nuestras divisas en las aguas saladas de nuestro gran puerto, cuando los mástiles del *Entrepôt* dominen los de los leviatanes de 30 pies con turbinas que estén vaciando en él sus bodegas, como en Cherburgo, en Marsella ó en Hamburgo; cuando en nuestro amplio antepuerto haya ancladas 100 unidades de ultramar, ¿qué hará, que dirá nuestra hermana uterina del Plata?

¿Se dejará arrebatar su hegemonía económica y el cetro de su supremacía marítima? ¿Nos atacará con derechos diferenciales, como la Confederación lo hizo con Buenos Aires? ¿Presenciará sin envidia las bodas del Príncipe Aladino con la humilde Cenicienta del Plata?

Juan Carlos Gómez no lo creía, y eso que él no alcanzó á ver las complicaciones y peligros que hoy vemos sus discípulos, recordando al maestro. Él presentía graves conflictos en el porvenir, choques inevitables.

Nuestras rivalidades portuarias eran, á

sus ojos intuitivos, problemas de vida ó muerte para los pueblos del Plata.

La política sólo llevaría el apunte falso en estos arriesgados *sports*.

El orgullo argentino lastimado, no será jamás un vecino pacífico, á menos que el Estado Oriental no se resigne á enajenar su primogenitura oceánica por un plato de lentejas.

En la Epifanía de nuestros destinos, él veía á Montevideo como el antemural de una causalidad final en el Plata, á la que el determinismo de leyes naturales, más fuertes que los nudos de la política, asignaban, para la salvación de todos, y engrandecimiento de nuestra raza, un rango continental prominente, que haría de ella el Bósforo del Plata, y de su bahía esplendorosa, el Cuerno de oro de la Constantinopla del Sur.

Y por eso quería hacer de Montevideo el contrafuerte de la Unión, el atalaya fortificado sobre el océano de los grandes Estados Unidos del Sur, todo lo que una imaginación dantesca como la suya podía concebir para idealizar la visión del pamplatismo en el porvenir, que, digan lo que

quieran sus *tapageurs* de otros tiempos, fué la sublime pragmática de Artigas en las Instrucciones que dió á nuestros representantes el 13 de Abril de 1813, para constituir la Gran Confederación del Plata — como también el voto épico de los Treinta y Tres orientales, quienes al atravesar el río, venían soñando, como Artigas con una Patria grande, proclamándonos Lavalleja ARGENTINOS ORIENTALES ⁽¹⁾ apenas pisó nuestro territorio, y no con una *Patria* chica, como pretenden los sicofantes de nuestro Peloponeso, para que la fuesen *achicando* todavía más los plebiscitos de nuestra eterna montonera, que hace *ochenta años la desgarran*.

XXV

Hasta para regularizar la falsa posición de los hijos de los emigrados que han for-

(1) Proclama de Lavalleja, lanzada el 24 de Abril, al abrir operaciones en campaña. *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, por Francisco Berra. pág. 530.

mado hogar en una y otra banda, y que ya son legión en cada patria, es necesaria, es grande, es política, la idea de la unificación del Plata.

A los argentinos les dimos nosotros, en horas de tribulación y de sacrificio, albergue fraternal, y las madres sabinas de esos hijos esclarecidos, que han sido allí los continuadores de sus frondas por el derecho y la libertad, y los argentinos nos dieron á nosotros hogar, afectos, fortuna ⁽¹⁾, y también hijos queridos, á quienes hemos obligado á sístoles y diástoles compensatorias para que no se partan el corazón en dos pedazos.

Juan Carlos Gómez, que conocía bien á los dos pueblos platinos, quiso levantar la hostia de la razón contra estos absurdos engendrados por las baraterías políticas del caudillaje, quiso unirnos en una grande eucaristía; y Dios me perdone, si es que yo no lo he soñado, creo que hasta pensó en unir las franjas de nuestra bandera común,

(1) Me refiero al noble pueblo argentino, cuya hospitalidad y cultura es proverbial, no á sus gobiernos, que en cuanto á rectitud y justicia para las empresas orientales, dejan bastante que desear. Creo que lo que afirmo es del dominio público.—Resuello por la herida.

colocando en ella la constelación binaria de nuestros dos soles, pues al revés de la Europa, en cuyos escudos todo son águilas, leopardos, unicornios y leones, para apuntalar coronas, vacilantes, en América, donde no tenemos que apuntalar más que el espacio, todo son estrellas y soles.

Buenos Aires, la sultana de los mares del Sur, que es al fin de fiestas la única que sentiría algo humillado su orgullo con estas entelequias, es bastante inteligente, bastante altruista y generosa, para darse cuenta de la conveniencia de prevenir choques inevitables en el futuro, que paralizarían nuestro mutuo desarrollo.

Y confío en Dios que sabrá evitarlos, poniéndose á la altura del movimiento moderno de unificación de las grandes nacionalidades, hoy más que nunca, que los imperia- lismos y bulimias coloniales nos amenazan en nuestro crecimiento económico continental.

XXVI

Nadie se imagina, á este respecto, todo lo que á pesar de su vaho de prosperidad hay de elástico, de clarovidente, de espíritu práctico, en aquel gran pueblo de Mayo, al que no hay que hacer responsable de los errores y agravios que nos han inferido sus cancillerías, ni aun mismo los flatos de las Argamasillas oficiales que allí actúan de banda lisa en su columna en marcha.

Buenos Aires ha sido, y será hoy más que nunca, con su millón de habitantes, el pueblo ideal de la América latina, el centro más poderoso de atracción intelectual sudamericano.

Va en camino de ser, como la Roma antigua, el refugio de todas las religiones políticas.—*Dignus Roma locus ut deis omnes eant.*

Basta abrir sus grandes diarios para darse cuenta de aquel foco incandescente, sean cuales sean las máculas, que en vano oculta su inmensa cromosfera de progreso material.

Allí está la usina de ensayos que actúa con su colosal bomba aspirante sobre Europa y medio continente, para acumular elementos con que formar una nueva raza.

Los argentinos, menos apasionados y agresivos que nosotros los orientales, saben hacer con los hombres, lo que con sus ganados: saben seleccionarlos.

No tienen dos biología como los orientales.

Comprenden la necesidad de mejorar la raza, no sólo por selección natural y social, sino por gemación inmigratoria: por eso son hospitalitarios; gentes de sentido práctico, tolerantes, cultos, insinuantes y casi siempre justicieros con los extranjeros útiles, y han hecho del fomento de la inmigración y de sus leyes agrarias verdaderos lemas de gobierno, que han acabado por educar las costumbres; y aunque la justicia suele ser tan mitológica como la de casi todos los pueblos latinos, que aún no tienen formado su concepto científico, saben atraer y fascinar.

Tienen el don de gentes para poblar la estancia humana y enriquecerse con sus procreos.

Tienen el arte de la asimilación inteligente para monopolizar poco á poco todo lo que descuella en medio continente y va á caer en sus valles, donde ya hay arraigados más de 60.000 orientales, troncos de millares de familias, y productos liquidados de los espasmos pindáricos de la patria chica.

Sus teatros son ya un *réclame* mundial, y á todo ser útil é inteligente que llega á pisar aquel París americano, le sucede lo que á Ulises en el país de los lotófagos: se olvida pronto de su Itaca.

Son pocos los que, como Juan Carlos Gómez, resistieron el canto de sus sirenas y no rindió el pabellón nativo ante la magia de esa Circe.

Por decirlo todo de una vez —aunque esto disguste á los lestrigones de mi tierra querida, pero nada feliz, *porque no quiere serlo*— los argentinos, sobre todo los porteños de Buenos Aires, tienen, como los atenienses, el culto de la intelectualidad, la pasión innata del asteísmo y las formas: por eso, sin miramientos arcifinios miraron como suyos á Gómez, á Lamas, á Acevedo, á Paunero, á Rivas, á Arredondo, á los Varela, los López, los Cané, los Arias, los Ri-

vadavia, los Madero, los Salas, los Fin, los Garaño, los Mitre y Vedia, los Andrade, los Martínez (abuelos, hijos y nietos), los Rodríguez Larreta, los Ricaldoni, los Ingegneros, y mil otros más, muchos de los cuales acabaron por encontrarse en gloria con su título de *cives romanus*.

¡Cuán distinta ha sido nuestra hospitalidad y nuestro criterio del engrandecimiento de la patria!

El drenaje de hombres y familias es nuestro fuerte desde los tiempos del Hervidero.

¡De atrás, más bizarro!

El cernidor de la difamación y el alambique de la envidia que lo agosta todo, va haciendo un erial de un país encantador, de bellezas clásicas y esculturales, y de inteligencias creadoras y vivaces.

Hasta educar con la crítica y la sátira se mira como una sedición.

Juan Carlos Gómez, que tuvo la noble intrepidez de arrostrar la impopularidad y el anatema por querer curar estos males endémicos esfumando la patria chica en una patria más grande, en un logaritmo étnico, tenía mil veces razón.

Él fué el zahorí de nuestros destinos.

Sólo las patrias grandes ofrecen seguridad y compensaciones para todos, menos para el caudillaje y los voltígeros de la política.

Son la condición, *sine qua non*, para toda prosperidad material, comercial é industrial, para la solución de todo problema financiero, para economizar los recursos que devoran las patrias chicas en la defensa nacional y en afianzar su estabilidad.

Mercado chico es feria de ambiciones, de rivalidades y envidias. Es paraíso de egoísmos y de bajezas, es ruina para toda noble ambición, para las artes y las letras.

Es invernáculo de ideales marchitos.

Mercado grande es riqueza, prosperidad é independencia personal, es bienestar fácil y crédito, es opulencia y brillo social. Barco grande, ande ó no ande.

Algún día el comercio, los hacendados, la industria, los mismos profesionales liberales de ambas orillas serán tal vez los mejores aliados de la profecía de Juan Carlos Gómez, y la juventud en masa, libre de las preocupaciones de sus padres, pida á gritos la Unión del Plata bajo su bandera de dos soles.

Nadie palpó más estas verdades que Buenos Aires, separado de la Confederación y trucidado por los derechos diferenciales, que fueron primero el conflicto, luego el choque y por fin la guerra que terminó en Pavón.

Sólo los países grandes tienen capitales y recursos para mover las poleas del progreso.

Sólo en las grandes naciones las ideas son dínamos.

Haber visto y pugnado por todo eso, cuarenta años antes que sus compatriotas, fué su obra genial y el preludio de su crucifixión.

Tenía necesariamente que levantar tempestades de odios en su época para ser glorificado por la posteridad,—justa siempre para todos los mártires y redentores.

XXVII

Y es su fórmula la que algún día triunfará y se realizará, á despecho de todas las

pragmáticas del regionalismo, porque el dogma de la Unión del Plata, es lo único que podrá extinguir todas nuestras guerras de bandería, purificar el sufragio, poblando las mentes orientales y argentinas de grandes ideales.

Sus consecuencias materiales serían inmensas, y dejarían atónitas á ambas Américas.

Nuestros recíprocos presupuestos quedarían descargados de gastos supernumerarios, democratizada nuestra legislación agraria, extinguidos los latifundios improductivos, unificada la legislación civil y penal y más que todo la procesal, que es la hogaza que alimenta el farisaísmo adiposo de la justicia, y, por último, la unidad de nuestra legislación aduanera alijaría la nave fiscal del peso enorme de nuestro almojarifazgo colonial.

¿Églogas? ¿Idilios?...

No, realidades yanquis, japonesas, que algún día se impondrán con lágrimas en los ojos haciéndonos deplorar el tiempo perdido en desasnarnos.

XXVIII

Por lo demás, Buenos Aires, nada, sino humos de mayorazgo, perdería con la Unión.

Ella siempre sería la capital histórica del Virreinato, la metrópoli suntuaria que recibiría nuestras ofrendas la mitad del año, como nosotros las recibiríamos la otra mitad, de nuestros hermanos los argentinos.

Dar la espalda con orgulloso desdén á estas soluciones de cordura, con argumentos de rentistas ó *épiciers*, es exponerse á consecuencias funestas y expiatorias, desde que sin la Unión Rioplatina, de la que es llave Montevideo, el antagonismo económico, en día no remoto, de agravio en agravio, de injusticia en injusticia, de sofisma en sofisma, nos conducirá indefectiblemente á la guerra.

Verdad es que tenemos un tratado platónico de arbitraje que nos escuda, pero bien sabemos los hombres de experiencia el valor de estas monsergas, cuando no las vigoriza una política nacional consciente, fuer-

te y previsoras; cosa difícil en las naciones pequeñas, angustiadas por los egoísmos de la vida material.

De bien poco nos valdría ese broquel, si no fuera que la Providencia ha colocado al frente del Mundo Americano una gran nación, ecuaníme, fuerte, rica, tutora de las nacionalidades débiles, arca de la civilización y del progreso mundial, que nos profesa marcada predilección, que ya más de una vez nos ha ofrecido su desinteresada protección; que tiene, como Argos, sus cien ojos puestos en estos pueblos del Plata; que en toda cuestión económica ó portuaria, *hasta por conveniencia propia*, nos tendería su mano, y que podría ser para nosotros la base sólida de una nueva política nacional *e internacional*. ¿Lo entiendes, Fabio?

Los argentinos, más que nosotros los orientales, deben meditar mucho estas cosas y no jugar con fuego, para no tentar á este Breno á que coloque su espada entre nuestros destinos.

Sólo la justicia mutua, la antigua hidalguía caballeresca de nuestro viejo patriciado, tan arruinado hoy en una y otra banda, por los asaltos de un mercantilismo fenicio,

es lo que volverá á acercarnos y á confundir nuestros ideales, bien descalabrados por el momento.

Menos logomaquias, menos farisaísmos, más consideración recíproca, más justicia internacional y más cálculo científico, para discutir fríamente nuestras conveniencias mutuas: he ahí el coeficiente y el exponente de la Unión, en la que el Estado Oriental, como nación independiente y libre, en el pleno ejercicio de su soberanía, y dueña de sus destinos, podría entrar á la asociación, no como pariente pobre, ni de prestado, *ni por medio de anexiones humillantes*, sino como socio rico y capitalista, con el capital bien saneado de su posición geográfica, de su rico territorio y de sus tres puertos oceánicos ⁽¹⁾, que es tanto ó más valioso que el gran capital territorial de nuestra hermana occidental.

(1) Estos tres grandes puertos son: el de Montevideo, el de Maldonado y el de la Coronilla, llamado Atlántida por la ley de su creación, el cual tiene 40 pies de fondo, y por su admirable posición geográfica, como lo ha demostrado el autor de este trabajo, es la llave del comercio de tránsito del Sur del Brasil y será el gran puerto de nuestra exportación de carnes vivas al Brasil. (« Puertos y Ferrocarriles » : conferencia dada en el Ateneo de Montevideo por Angel Floro Costa, año 1902).

El artículo 159 de nuestra Constitución prevé el caso, y da la forma, para acallar el orfeón de nuestros salmistas.

Sólo se precisaría, para realizar este postulado *en tiempo y forma*, un hecho ocasional, un gran congreso científico y un grande hombre en el Poder en una ú otra banda, un Rivadavia ó un Gómez.

Dejemos al tiempo la última palabra en estas cosas, que el Trópico nos mira.

XXIX

Entretanto, que esta apoteosis que le consagra la patria justiciera y reconocida á su genio y sus virtudes, consuele en algo los manes de aquel varón ilustre, que sintetizó su vida de ideales y sacrificios, con estas estrofas dignas de Lamartine:

.....
En horas de esperanza para la patria mía,
Quise entonar un canto de amor y juventud.
Pero cayó la noche, y en esa noche fría
Dormí sobre las tumbas llorando en mi laúd.

Mi voz es de recuerdos, mi voz es de tristezas;
De la mañana el himno no vine á preluviar.
Nacido en la borrasca, no he visto más belleza
Que la enlutada nube y el irritado mar (1).

Alguien ha preguntado: ¿qué hizo Gómez de su musa tan tierna y melancólica y á veces tan elegíaca?

El podría responder, parodiando á Lamartine:

J'ai couronné son front d'étoiles immortelles,
J'ai parfumé mon cœur pour lui faire un séjour
Et je n'ai rien laissé s'abriter sous ses ailes
Que la patrie et que l'amour.

ANGEL FLORO COSTA.



(1) ¡A Elia!...